

Turistas y museos

■ Cuando en cualquier museo importante del mundo uno ve esos grupos de turistas que, impacientes, van de cuadro en cuadro, preocupados más de abarcar en su recorrido todas las salas que de detenerse a penetrar en una obra de arte, uno no puede menos que preguntarse qué es lo que los ha llevado al museo.

Cualquiera que sea la procedencia, lengua o raza de esos turistas, todos dan la impresión de estar cumpliendo un rito obligatorio y exento de placer, un rito que tiene como único objeto poder decir que estuvieron ahí al regresar a sus respectivos países. En una forma misteriosa, la palabra "cultura" está asociada con las artes plásticas y lo más posible es que los adocenados turistas que sacrifican un par de horas de compras, de vagabundeo por calles extranjeras o de diversión en teatros o music-halls para ir a un museo, lo hagan con la secreta esperanza de adquirir una pátina de cultura, así como el veraneante se esfuerza en broncear su piel.

Ellos parecerían ignorar que el mismo conocimiento que adquieren con su apresurada visita al museo lo pueden adquirir en libros y catálogos que, en excelentes reproducciones, exhiben las riquezas que guardan los museos, ahorrándose de paso el valor de la entrada y, lo que no es menos importante, el dolor de pies.

No obstante, para la gente sensible no hay técnica, por perfecta que ella sea, capaz de sustituir la emoción de estar en presencia de la obra original. Estar frente a "El Entierro del Conde de Orgaz" en el severo ambiente de Santo Tomé, en Toledo, es una experiencia vital. Descubrir el imponente tamaño de las "Lilas" de Monet en el Museo de Arte Contemporáneo de New York y percibir los trazos del pincel del maestro del impresionismo, da lugar a una irreproducible sensación de plenitud y no es fácil

describir los sentimientos de extrañeza, de decepción y de intimidad del genio de Da Vinci cuando, impensadamente, en el Louvre, uno se encuentra con un pequeño y oscuro cuadro que resulta ser nada menos que "La Gioconda".

Pero de todos los placeres que puede ofrecer la visita a un museo, yo prefiero la posibilidad de descubrimiento que uno puede hacer de una obra de aquellas que no gozan de popularidad, que apenas si figuran en los catálogos, pero que de pronto producen una misteriosa atracción.

En los Cloisters, un original museo que se encuentra al norte de Manhattan y que fue trasladado piedra a piedra desde Europa, sin que por eso el saludable pragmatismo norteamericano dejara de incorporarles modernos baños resplandecientes de blancos azulejos, encontré hace años, esculpida en piedra, una pequeña estatua. Representa a la Virgen María. Su cara redonda e inocente y su cuerpo apenas adolescente, me cautivaron. Y cada vez que he llegado a New York parto en particular peregrinaje a visitar a "mi Virgen" de los Cloisters, la que un anónimo artista medieval un día imaginó en la misma forma como yo lo hubiera hecho si hubiera tenido su talento y su oficio.

Y esa comunicación que traspasa los siglos entre un artista y un visitante a un museo es lo único que, en definitiva, justifica el mantener prisioneras tantas obras de arte en un mismo edificio. El turista adocenado parece no interesarse en esa especial comunicación, sino en otra, la que él producirá con el amigo o conocido al que dirá al llegar a su patria, engolando la voz: "Cuando yo estuve en el Louvre..."

Y si el interlocutor se pone verde de envidia, tanto mejor. Querrá decir que las cuotas que faltan por pagar del tour bien merecen el sacrificio.